

del fausto y no echaba de menos ni lo superfluo ni lo necesario para su curiosidad ó para su gusto. La reina Cristina había dicho cien veces que reservaba para la dedicatoria de su *Alarico* una cadena de oro de mil pistolas. Pero como el conde Magnus de la Gardie, de quien se habla muy bien en el poema, estaba en desgracia, Chevreau recibió orden de suplicar á Scudéry que borrara de su obra los versos en que se hablaba de aquél. « Aun cuando la cadena de oro, respondió Scudéry, fuese tan gruesa y pesada como la que se menciona en la historia de los Incas, no destruiré nunca el altar en que he sacrificado.

Esta heroica altivez desagradó á la reina que cambió de parecer, y el conde de la Gardie « obligado á reconocer la generosidad del Sr. de Scudéry, no le dió ni siquiera las gracias ».

El mismo Boileau, después de haberse burlado del poema, cambió de parecer en la II *Reflexión sobre Longino*.

Entretanto la fortaleza de Nuestra Señora de la Garde no veía con frecuencia á su gobernador, al que aludieron graciosamente Chapelle y Bachaumont en su *Viaje Entretenido*.

Scudéry desdeñó de tal modo su fortaleza que le despojaron de ella. Reteníanle otros cuidados. Estaba escribiendo, no ya con su hermana, sino con su mujer, una novela de *Almahida*, á la que dieron un hermanito de otro género, que tuvo en las fuentes bautismales el duque de Saint-Aignán. Su matrimonio fué para él una verdadera suerte y su esposa fué el genio amable de sus últimos días. Su salón era muy frecuentado. Cuando murió su marido en 1667, conoció el gran número de amistades que se habían conquistado por la gran cantidad de pésames que recibió; llegaronle de todas partes según su frase, « desde el cetro hasta el cayado ».

Scudéry era agresivo lo mismo con la espada que con la pluma.

Boileau envidiaba al bienaventurado Scudéry cuya fecunda pluma engendraba tantos volúmenes. Verdad es que él era demasiado difícil y premioso para el trabajo y eso mismo le hacía poco tolerante con la excesiva facilidad; Teófilo Gautier le ha puesto las peras á cuatro muy lindamente:

— Uno de los primeros dones del genio es la abundancia y la fecundidad. Todos los grandes genios han producido enormemente y no ha constituido nunca un mérito el andar muy largo tiempo empleado en hacer muy poca cosa, por mucho que digan Malherbe, Balzac, y todos esos literatos difíciles, á quienes el humo de la nocturna lámpara infarta el cerebro de hollín y que padecen una especie de estrangurria del pensamiento.

Scudéry cultivaba la curiosidad en el lenguaje. En su discurso de recepción á la Academia decía:

— La Academia puede llamarse con más justo título que los emperadores

de Oriente, Porfirogeneta, porque nació en la púrpura de los reyes, de los cardenales y de los cancilleres.

Poseía el don de la hipérbole, de esa especie que se llama gasconada. En su dedicatoria del *Alarico* á la reina Cristina de Suecia decía:

— Verdaderamente los que nos han querido hacer admitir por maravillas del universo las pirámides, las tumbas y los colosos nos han hecho ver claramente con esto que en su siglo no hubo Cristinas.

Fué un tipo raro y original, hombre de pluma y de espada, que tajaba con ambas y que quería pasar á la posteridad como un espadachín de retorcidos mostachos, que ha manchado de tinta la pluma de su chambergo.

Vamos ahora á presentar una figura menos marcial, la larga y negra silueta del abate Cotín.

Carlos Cotín (1604-1682), nació en París, donde hizo excelentes estudios. Sabía latín, griego, hebreo, italiano, español y astrología. Como todos los poetas de su tiempo celebró la toma de La Rochela, lo cual le sirvió de estreno. En 1631, hizo versos acerca de la muerte de un amigo y gustaron mucho por su sencillez y verdad. En 1634, llamó la atención con su poema *La Jerusalén desolada*, de toques vigorosos y enérgicos, como puede verse por esta estrofa de los trenos de Jeremías:

Aux lions des forêts tes portes sont ouvertes.
Tes places ne sont plus que des terres désertes,
Et l'herbe croit partout où s'élevaient des tours,
Tes murs sont démolis, et leur fameuse enceinte
Est un fameux cercueil plein d'horreur et de crainte,
Où les morts ont soulé la rage des vautours¹.

Boileau no hubiera podido clavarle el diente, pero habían de pasar treinta años antes de que Boileau hablase de él.

Habiendo recibido las sagradas órdenes hacia 1635, siguió la moda y fué abate cortesano. Se hizo célebre con una colección de enigmas ingeniosos acerca del reloj, del cañón, de la pólvora, de la imprenta y del ojo. Como estaban de moda los rondeles, hizo muchos. Las damas de

1. Á los leones del bosque se hallan tus puertas abiertas.
Tus vastas plazas no son sino unas tierras desiertas
Y, do se erguan tus torres veo la hierba brotar.
Veo el famoso recinto de tus muros derrumbados
Trocado en féretro, lleno de miedo y temor mezclados,
En cuyos muertos los buitres lograron su ansia saciar.

la alta sociedad se despepitaban por sus versos. La Academia le llamó á su seno en 1655 y esto no hizo más que aumentar su ardor para escribir. De 1655 á 1665 dió á luz, entre otras obras: *Tratado sobre la inmortalidad del alma*; *Poesías cristianas*; *Urania ó Metamorfosis de una ninfa en naranjo*; *La Pastoral sagrada, paráfrasis del Cántico de los cánticos* con una interesante introducción; *Obras galantes*, y *Odas Reales*. ¡Qué admirable variedad!

Hallábase entonces en el pináculo. El Rey y la Corte se dedicaban á adivinar sus enigmas. La Infanta hermana del rey se inclinaba en la calle á la portezuela de su carroza á fin de gritarle ¡ bravo! por su último soneto; jugaba al volante con las marquesas, que le regalaban carne de membrillo. Cultivó todos los géneros que estaban de moda, los retratos, las metamorfosis, los madrigales y epigramas, prodigándolos, multiplicándolos y olvidando que « lo escrito no se borra ». El trato casi exclusivo de las mujeres afinó sus costumbres y cultivó su espíritu y hubiera sido el más feliz de los abates, si su felicidad no hubiera excitado la envidia de Ménage, que le persiguió, obedeciendo además á las excitaciones de la Srta. de Scudéry, la cual no podía perdonar á Cotín el haberse burlado de ella en un madrigal.

Fué una verdadera guerra en la que todo el mundo tomó partido. Molière llevó el asunto al teatro y Cotín, que le creyó en un principio amigo suyo, se regocijó de ver al poeta cómico atacar á Ménage en *Las mujeres sabias*, pero no se reconoció en Trissotín que fué en un principio Tricotín. Ya volveremos sobre este incidente al hablar de Molière, el cual hizo recitar por el personaje Trissotín versos de Cotín que no tienen defensa, como su soneto á la Srta. de Longueville sobre las cuartanas, y un madrigal verdaderamente ridículo.

Cotín se mostró digno y no respondió. Cierta día invitó Dangeau á una magnífica comida á todos los académicos sus colegas.

El Sr. Cotín no figuraba entre ellos, dice el *Mercurio Galante*, por no dar lugar, según aseguran, á que se creyese que había aprovechado aquella ocasión para quejarse al Rey de la Comedia que se supone ha escrito el Sr. Molière contra él; pero no es posible creer que un hombre que figura con frecuencia entre los principales personajes de la corte y á quien la infanta honra con el título de amigo, pueda ser objeto de una sátira tan sangrienta. En efecto, el retrato que se supone suyo, no conviene en manera alguna á un hombre que ha escrito obras tan generalmente aplaudidas como sus paráfrasis del *Cántico de los Cánticos*. No hablo aquí de sus obras galantes de que hay varias ediciones: son juegos en que se entretenía antes de abrazar la profesión que hoy sigue con la austeridad que todo el mundo conoce.

Estas palabras prueban que, á lo menos, tenía Cotín en su favor á gran parte de la opinión pública. Parece sin embargo que le cayó en suerte suministrar al teatro poesías ridículas, porque también figura en

Boursault, en la comedia *el Mercurio Galante* en que el poeta Beau-génie recita casi textualmente un enigma famoso de Cotín.

Después de Ménage y de Molière le tocó á Boileau atormentarle con una insistencia que resultaba lisonjera para él, pues esto indicaba que no bastaba para echarle por tierra un solo golpe. Boileau atacó principalmente los sermones del abate Cotín á causa de su gran éxito, como si éste le mortificase de un modo especial. El éxito era incontestable y los sermones solían ser muy originales. Este predicador seguía el gusto del día:

— Una vez, dice Tallemant, predicando en la época en que el cardenal de Richelieu andaba muy preocupado con las cosas del teatro, dijo: « Cuando Jesucristo consumó en el teatro de la cruz la obra de vuestra salvación. »

El abate de Villiers refiere también el siguiente ingenioso rasgo:

— No hacía nunca un sermón sin anunciarlo: *Señores, mañana trataré un asunto capaz de quebrantar las peñas*. Refíanse del anuncio y no se refían menos del sermón.

Boileau se encarnizaba en su crítica y Monchesnay da la siguiente explicación:

— La fatal necesidad de la rima ha atraído al abate Cotín todos los epigramas y dichos sembrados contra él en las sátiras del Sr. Despréaux. Un día en que el poeta recitaba á Furetière la *Sátira de la comida* y en que se hallaba atascado en un hemistiquio, por faltarle una rima para festín, le dijo Furetière: « ¡ Vaya un apuro! ¿ por qué no ponéis al abate Cotín? » No tuvo que repetirselo dos veces.

Cotín respondió á este y otros ataques de Despréaux con la *Crítica desinteresada acerca de las sátiras de la época*, en la que llamaba á Despréaux *des Vipéreaux*. Despréaux no tardó en contestarle con nuevos epigramas. Cotín tenía entonces 68 años y Boileau 36. El anciano no volvió á responder, pero no dejó de escribir y de predicar, no sin éxito, á pesar de que su voz se hallaba muy debilitada.

Sus herederos, irritados por una medida que había tomado en la disposición de sus bienes, le citaron ante los tribunales para imponerle un tutor. Cotín tenía que defender nada menos que su razón. Como nuevo Sófocles, invitó á sus jueces á que asistiesen á uno de sus sermones. Asistieron en efecto, se convencieron de que aquel orador de tanta edad y tan elocuente no estaba demente, y condenaron á los herederos.

Es muy probable que Boileau se mostró en este caso, como en otros muchos, injusto y excesivo en su odio hacia los ingenios de moda. Ciertamente Cotín no fué un águila, pero está muy lejos de parecer tan

ridículo como pretende representarle Boileau y no se puede admitir el juicio del satírico sino á beneficio de inventario.

En las poesías de Cotín suelen encontrarse gracia, soltura, y delicadeza : algunos de sus epigramas son delicados y elegantes, pero, por mucho que se haga, Boileau es el más fuerte y la sentencia está dictada hace tiempo.

Serían pues imposibles é inútiles la defensa ó el panegírico de Cotín. Lo mismo para los muertos que para los vivos la opinión es una tiranía á la que no es posible sustraerse.

Después de Cotín viene naturalmente Ménage (1613-1692). Si á Voiture se le proclamó *Bel Esprit*, hay que llamar á Ménage *Sabio*. Este nombre merece llamar nuestra atención por el papel importante que desempeñó en la sociedad literaria de entonces, aun cuando no hubiera sido inmortalizado por Molière en el papel de *Vadius* de las *Mujeres Sabias*.

Recuérdese la escena. Trissotín, — que representaba al abate Cotín y hasta llevaba su mismo traje, — encanta con sus poesías galantes y preciosas á Filaminta y á Belisa, cuando llega Vadius que, después de cambiar numerosos cumplidos, acaba por disputar con su rival en materia de poesía. El mayor reproche que aquél le echa en cara es el de plagiario. Había leído y compilado mucho y, gracias á sus muy vastos conocimientos, gozaba de verdadera reputación.

Su entrada en la vida pública fué bastante agradable. Buscado por el príncipe de Conti, quitóselo á éste el cardenal de Retz, y ambos tuvieron que cedérselo á Mazarino. Estas protecciones útiles se manifestaban por medio de pensiones y beneficios eclesiásticos sin cargo de almas. Entre sus colegas hizo amistad con Chapelain y otros; reuníanse en su casa, cerca del claustro de Nuestra Señora, los miércoles, y de allí salieron las Mercuriales de Ménage. Era célebre antes de haber escrito, porque hasta entonces sólo había compuesto una Vida de Montmaur en latín. En 1638, le dió gran fama una diatriba contra la Academia francesa, pero esta fama le costó la constante repulsa de su candidatura, pues siempre fué rechazado á pesar del presidente Rose que decía : « Se niegan á admitirle á causa de su sátira ; precisamente ésta hubiera debido hacer que le recibieran, del mismo modo que se obliga á un hombre á casarse con una joven á quien ha deshonrado. »

Ménage era sin embargo muy apreciado y todos los escritores de su tiempo : Huet, Pellison, Scudéry, Vaugelas y Conrart le estimaban ;

el mismo Boileau le hizo gracia. Su vasta inteligencia y su prodigiosa memoria lo abrazaban todo. Poseía dotes poco comunes, conocía todas las lenguas y escribía con la misma corrección en italiano, en latín y en francés. « Ménage ha demostrado, decía Voltaire, que es más fácil hacer versos en italiano que en francés. Sus versos italianos son estimados hasta en Italia. »

Uno de los numerosos enemigos ó envidiosos de Ménage, el P. Bouhours, le rendía indirectamente el siguiente homenaje :

¿ Es burlarse del Sr. Ménage el llamarle sabio ? ¿ No lo es en efecto ? ¿ Poseemos en Francia hombre más universal ? ¿ Tenemos alguno que sea al mismo tiempo, como él, gramático, poeta, jurisconsulto, historiador y filósofo ? Es lástima que no sea también teólogo. Si hubiera leído á San Agustín y á Santo Tomás tanto como á Coquillart y á Rabelais, á quien cita á cada paso, sería el primer hombre del mundo.

Bajo la malévola ironía aparece claro el reconocimiento de su inmenso saber.

Bayle le llamó justamente el « Varrón francés ». En efecto, Ménage poseyó la vasta y variada ciencia y la viva curiosidad del escritor latino.

Había escrito, en italiano, un estudio acerca del origen de la lengua italiana; en francés, un diccionario etimológico que señaló el primer paso en los estudios filológicos; curiosas Misceláneas; unos *Poemata* ó sea poesías en latín, en italiano y en francés; observaciones acerca del Taso; comentarios sobre Diógenes Laercio, y sobre las poesías de Malherbe; una historia de la ciudad de Sablé, y un libelo, el *Anti-Baillet*. Sus chistosas ocurrencias fueron reunidas en una colección muy útil aún, la famosa *Menagiana*. Los elogios que de él se hicieron fueron coleccionados gracias á su diligencia y publicados en el *Liber Adoptivus*; de este modo demostraba el caso que hacía de la buena opinión de los demás.

Sus relaciones con damas de gran inteligencia le dieron gran reputación en la buena sociedad porque, según dice Bayle, es muy raro que tanto griego y tanta gramática no ahoguen las disposiciones necesarias para sostener una conversación cortés y galante con damas de alto rango; casi puede decirse que es un prodigio.

Sus amores fueron célebres y supo escogerlos muy bien. Tuvo por discípula á Madama de Sévigné á la que enseñó el griego y el latín. La amó sin ser muy correspondido. Amó igualmente á Madama de Longueval y también á la Srta. de Lavergne, que debía ser luego Madama de Lafayette.

Bussy se burla de los amores de Ménage y de su ingeniosa é implacable prima, que no se alarmó por una pasión que no tenía interés para ella :

Habiéndose enamorado Ménage de Madama de Sévigné, como su nacimiento y su edad le obligaban á ocultar su amor cuanto podía, hallóse un día en su casa á tiempo que iba á salir ella para hacer algunas compras; como su doncella no estaba en aquel momento en disposición de acompañarla, dijo á Ménage que la acompañase en su carroza. Éste, bromeando en apariencia, pero resentido en el fondo, le dijo que era muy duro el ver que no se contentaba con los rigores que con él mostraba, pues le despreciaba hasta el punto de creer que el verle en su compañía no podía dar lugar á la maledicencia. « Subid á mi carroza, le dijo; si os incomodáis, iré á hacer una visita á vuestra misma casa. »

Su pasión hacia la Srta. de Laverne le indujo á traducir este nombre en latín y á saludar á *Laverna*, diosa latina de los ladrones, en Laverne que le robaba su corazón. Molière parafraseó este retruécano en *las Preciosas Ridículas*. Se convirtió el madrigal en epigrama contra su autor, que tenía la mala costumbre de despojar á todos los autores antiguos y modernos.

Se vió mezclado en algunas disputas célebres. En primer lugar en la de las tres unidades, en cuya defensa rompió lanzas contra el abate d'Aubignac y demostró que Terencio ignoraba esta regla dramática. Tomó parte después en otra más grave, que sostuvo con el P. Bouhours para defender la castidad de sus costumbres, demostrando que Bouhours era incapaz de conocer nada.

Más adelante reconcilióse con él y esta reconciliación le sugirió la siguiente reflexión muy exacta: « Nuestros gustos cambian con nuestros sentimientos; desde que me he reconciliado con el P. Bouhours, me gustan más sus obras. »

También tuvo dimes y diretes con Baillet, Cotin, Cousin y Salo. Si ha quedado de él muy poco, esto obedece á que ha participado de la suerte de todos los que se han distinguido en el arte de conversar, de todos esos artistas de los salones, que hacen prodigios con la palabra y que están destinados al olvido póstumo como los *virtuosos* del arte. Sin embargo, sus nombres deben sobrevivir y ocupar un puesto siquiera sea pequeño en la historia de las ideas y de las costumbres, ya que no en la de los libros.

Al burlarse de su facundia se daba testimonio de ella y se indicaba la causa de su éxito en la sociedad. Esto hace Tallemant des Réaux cuando dice:

Apenas se habla de algo: « ¿ Os acordáis de mi frase acerca de esto? » Porque jamás hubo imaginación más seca, y no habla nunca más que de cosas pasadas. Cada vez que come en mi casa, nos complacemos en hacerle decir la misma tontería. No hay más que decirle: « Sr. Ménage, hacedme el favor de darme una manzana reineta, pues creo que las conocéis muy bien. — Tenéis razón, decía inmediatamente; me vanaglorió de ser fuerte en tres cosas: en materia de huevos frescos, de manzanas reinetas y de amistad. »

¡ Linda asociación! Esto me hace pensar en Monseñor de Macón, Lingendes (Juan de Lingendes, nombrado obispo de Macón en 1652) que decía que sus tres libros preferidos eran la Biblia, Erasmo y la *Astrea*; y también en el Sr. de Beaufort. Hallándose éste cierto día en casa de Madama de Longueville dijo esta princesa que no había nada que odiase más en el mundo que las arañas; la Srta. de Vertus dijo que lo que más aborrecía eran los abejorros, y entonces dijo el Sr. de Beaufort: « Por mi parte no hay nada que odie tanto como las malas acciones. » Todo esto corría parejas con los huevos frescos, las manzanas reinetas y la amistad.

Creemos que es mucho hablar acerca de una frase que no tiene después de todo, nada de reprehensible y que pudo muy bien hacer reír á otros convidados menos dispuestos á la crítica.

Notemos además este rasgo que refiere el *Journal des Savants*.

Como hablaba naturalmente mucho y le gustaba repetir lo que sabía, apenas dejaba la palabra á los demás en todas las reuniones. Para excusarse de ello decía que, cuando estaba en Anjou, pasaba por taciturno porque los demás hablaban allí mucho más que él. Su memoria, que era prodigiosa, le suministraba en toda clase de asuntos versos griegos, latinos y franceses que repetía con frecuencia sin temor de molestar á los que no los entendían. También le suministraba gran cantidad de frases ocurrentes que había aprendido en su juventud y de las que las mejores eran del prior Bautru de Matras. Sus cuentos parecían estudiados porque los refería siempre con las mismas palabras, lo cual dió lugar á uno de los más antiguos miembros de la Academia francesa á decir un día que se sabía perfectamente á Ménage y que, desde hacía treinta años que le estaba oyendo contar sus cuentos, no había oído ninguno nuevo.

Como todos los que hablan mucho, tuvo, según se dice, la lengua un poco larga; Tallemant aseguraba que hubiera preferido perder « un amigo antes que un chiste ».

— En Angers, dice, aunque todos los angevinos son por lo general socarrones y maldicientes, él tenía mucha fama en esta materia. Cierta día disputaba con él una joven (la Srta. de Mourion). « Pero ¿ sabéis perfectamente lo que es la maledicencia? le preguntó él. — Por lo que hace á la maledicencia, dijo la joven, no sabría decir exactamente lo que es, pero, si se me pregunta ¿ qué es un maldiciente? diré que es el Sr. Ménage. »

Su maledicencia solía á veces hallar agradables formas, como cuando llamó « lindas infieles » á las traducciones de Perrot d'Ablancourt: el mote hizo fortuna.

— Decía en efecto que las traducciones de d'Ablancourt eran como una mujer á quien había amado en Angers; que era hermosa pero poco fiel. D'Ablancourt no se incomodaba y respondía: « Somos amigos y no pretendo impedirle que charle. Hacemos como el Emperador y el Turco que dejan entre ambos cierto territorio donde pueden hacer correrías sin alterar la paz. »

Eran, como se ve, dos beligerantes muy acomodaticios. Ménage, por lo demás, no carecía de buen sentido, porque después de las *Preciosas* de Molière, declaraba muy sinceramente á Chapelain : « Vos y yo aprobábamos todas esas tonterías tan graciosamente criticadas. Tendremos que quemar lo que hemos adorado. »

Como puede ver el lector, tratándose de Ménage hay que hablar más bien del hombre que de sus obras, pues si no ocupa mucho sitio en las bibliotecas, desempeña un puesto importante en la historia de las costumbres.

Prescindamos pues del examen de sus obras, porque lo mejor de Ménage, es decir el encanto y el *virtuosismo* de conversador mundano que tenía sobre sus semejantes la sólida ventaja de un saber tan vasto como inteligente y profundo, voló y se desvaneció para siempre.

Pasemos á otro sabio, á otro latinista, pero más frívolo y enteramente poeta, al encantador Benserade (1612-1691), hombre amable y galante, y un normando cuyo nombre tiene algo de gascón y de arrogante.

Nacido de padres protestantes, fué bautizado como católico no se sabe por qué casualidad. Á los siete años era ya tan taimado como los mozos de su país. Llamábase Isaac y, cuando llegó el momento de su confirmación, le dijo el obispo : « Amigo mío, tienes un nombre muy judío para un cristiano. ¿ Quieres que te lo cambie? — Con mucho gusto, respondió el muchacho, pero ¿ qué me daréis por el cambio? — ¡ Cáspita! dijo el obispo sorprendido, ¡ á este no hay que cambiarle el nombre! ¡ Se pueden apostar ciento contra uno á que se hará famoso! »

Los biógrafos se han devanado los sesos para averiguar si Benserade fué hijo de un guardabosque ó si pertenecía á una ilustre familia. La cuestión nos parece ociosa y somos del parecer d'Olivet : « Si hubiera dejado hijos, ellos sabrían cómo arreglarse, pero sólo ha dejado poesías y, por lo que á ellas hace, poco importa que descienda de los Señores de Malinas ó de los Wignacourt. » Además, en caso de que fuese plebeyo, él debía encargarse de aplicar el remedio.

Era entonces punto de vanidad en los poetas el salir de su esfera y entrar en el gran mundo, y así lo hizo Benserade. No le faltó genealogía; sobre la puerta de la hermosa casa que poseía en Chantilly esculpieron armas con una corona de conde.

Esto produjo más tarde gran error y confusión entre los biógrafos.

Esto produjo más tarde gran error y confusión entre los biógrafos.

Salió del colegio y á los veintitrés años hizo representar una *Cleopatra*. Esto le dió gran fama é hizo que se fijase en él el cardenal de Richelieu. Su gracia, su ingenio, sus agudezas, sus rasgos y sus conceptos le conquistaron la reputación de ingenio cortesano y los salones se lo disputaban. Richelieu, y después Mazarino, le concedieron grandes pensiones, cosa muy de su agrado, pues estaba por lo sólido.

Sabia unir lo útil á lo agradable y, á la muerte de Richelieu, rimó en esta forma su sentimiento :

Ci-gît, oui gît, par la Morbleu
Le cardinal de Richelieu,
Et, ce qui comble mon ennui,
Ma pension avecque lui¹.

Divertía y agradaba; hallábanle encantador y para ello no tenía que hacer grandes esfuerzos de ingenio. Á veces se permitía mostrarse más mordaz, y en cierta ocasión le dijo cierta dama de alto rango :

— Habéis hecho versos contra mí; en mi familia no hay poetas para responderos, pero tengo criados para hacer que os apaleen.

Y á pesar de todo era encantador, elegante, y se veía muy buscado y mimado. En sus retratos destácase, bajo la grande y ancha peluca, su rostro lleno de finura; se le tomaría por un poeta de la Regencia, pues tenía el aspecto y el ingenio de tal.

Durante la minoría de Luis XIV era él quien componía los bailes con tanto ingenio y tan á propósito que todo el mundo quedaba encantado. Los cortesanos sonreían amablemente al reconocer sus delicadas alusiones y alegorías y sus retratos llenos de verdad, y el joven rey se divertía mucho en tomar parte en ellos, consagrando de esta suerte con su real presencia el genio del poeta de corte. Por eso el privilegio, redactado según su inspiración, para las obras de Benserade, decía á este propósito :

— La manera cómo identificaba, en los versos que hacía para los bailes al principio de nuestro reinado, el carácter de los personajes que bailaban con el de los personajes representados, era una especie de secreto personal que no había imitado de nadie y que nadie debía imitar de él.

Faltábale á esta aureola el brillo de alguna gran disputa pública. Llegó ésta, y puede decirse que ni los verdes ni los azules en Bizancio, ni los negros y blancos en Florencia, ni los borgoñones y los

1.

Richelieu, gran cardenal
Yace aquí, de ello doy fe.
Y ¡ es lo que más me fastidia !
Mi pensión yace con él.

armagnacs, ni los whigs y los tories, ni los clásicos y los románticos, pusieron mayor encarnizamiento en su división que los dos partidos de la sociedad de entonces á propósito de Job y Urania.

— ¿ Sois Jobista? — ¿ Sois Uranista? — tal era la primera pregunta que se hacía á todo personaje recién llegado, y en este sentido se orientaron todos los pasos y toda la boga de la sociedad de entonces. ¿ Que había ocurrido? Que Voiture había compuesto el siguiente soneto dedicado á una dama á quien él llamaba Urania :

Il faut finir mes jours en l'amour d'Uranie ;
L'absence ni le temps ne m'en sauraient guérir :
Et je ne vois plus rien qui pût me secourir,
Ni qui sût rappeler ma liberté bannie.

Dès longtemps je connais sa rigueur infinie :
Mais, pensant aux beautés pour qui je dois périr,
Je bénis mon martyre, et, content de mourir,
Je n'ose murmurer contre sa tyrannie.

Quelquefois ma raison, par de faibles discours,
M'invite à la révolte et me promet secours ;
Mais lorsqu'à mon besoin je me veux servir d'elle,

Après beaucoup de peine et d'efforts impuissants,
Elle dit qu'Uranie est seule aimable et belle,
Et m'y rengage plus que ne font tous mes sens !

Al mismo tiempo Benserade había hecho una paráfrasis del libro de Job y, al enviársela á una dama, le puso al frente como dedicatoria este soneto :

Job, de mille tourments atteint,
Vous rendra sa douleur connue :
Mais raisonnablement il craint
Que vous n'en soyez pas émue.

Vous verrez sa misère nue :
Il s'est lui-même ici dépeint ;
Accoutumez-vous à la vue
D'un homme qui souffre et se plaint.

1.

En el amor de Urania quiero acabar mi vida,
No lograrán curarme ni el tiempo ni la ausencia ;
No hay nada que procure alivio á mi dolencia
Ni logre devolverme la libertad perdida.
Conozco hace ya tiempo su rigor sin medida,
Pero ante la belleza que dicta mi sentencia,
Con morir satisfecho, bendigo su inclemencia ;
Su tiranía acata mi lengua enmudecida.
Mi razón á las veces con flacos argumentos
Á rebelión me incita y me ofrece su ayuda
Mas, si llegado el caso, quiero servirme de ella
Después de gran trabajo é inútiles intentos,
Aun más que mis sentidos, mi libertad anuda,
Diciéndome que Urania sola es amable y bella.

Quoiqu'il eût d'extrêmes souffrances,
On voit aller des patiences
Plus loin que la sienne n'alla.

Il eut des peines incroyables ;
Il s'en plaignit, il en parla.
J'en connais de plus misérables !

¿Cuál de los dos sonetos era mejor? *¡ Tu vitula, tu dignus, et hic!*

Balzac dió más tarde este prudente dictamen en su estilo precioso :

El soneto de Urania fué objeto de admiración desde el día de su nacimiento y hablo así por haber sido el comadrón de este hermoso niño á quien recibí al venir al mundo. Urania sólo lo vió después que yo y, recién nacido, inmediatamente después de su producción, se lo llevé calentito al bueno del Sr. de Malherbe, que sintió celos de él. Me interesé con gran calor por lo que consideraba la gloria de mi amigo. Alabé al recién nacido sin excepción y sin reserva. Me gustaba de pies á cabeza... Desde aquella época no había cambiado de parecer y descansaba de buena fe en mi primera opinión, pero al ruido de la corte y atendiendo á las súplicas que se me han hecho, tomé los anteojos de la vejez que son tal vez más seguros que mis ojos de otro tiempo, y confieso que se ha calmado un poco la violencia de mi amor. He encontrado el soneto hermoso todavía pero no tanto como antes.

Ya sabemos á qué atenernos.

Pero ya ven nuestros lectores cómo se expresaban en el estilo precioso que Molière copió del natural en las *Mujeres Sabias*.

Urania tenía de su parte á Madama de Montausier, á Madama de Sablé y á la princesa de Longueville ; su hermano, el príncipe de Conti, estaba en favor de Job. La sociedad estaba dividida como nunca. Y nosotros, ¿ qué partido seguiremos? Porque no es posible permanecer neutral. Teniendo en cuenta desde luego que ninguno de los dos sonetos es maravilloso, nos declaramos uranistas.

Hay que reconocer que en Urania el estilo es vigoroso y lleno, el sentido completo, la frase sólida, sin vacíos ni rípios ; las rimas son fuertes y buenas y la cadencia musical y, si el segundo cuarteto repite en parte el primero, á lo menos la idea se ensancha y desarrolla, pues

1.

Job, de dolores portentoso
Su pena os hará saber ;
Pero teme, al parecer,
Que no escuchéis su lamento.
El mismo, ante vos, de intento,
Retrata su padecer,
Acostumbraos, pues, á ver
Á hombre que pena sin cuento.
Aunque sufrió sin medida
Hay paciencias, en la vida,
Que llegan do él no llegó.
Si tuvo acerbos dolores,
Aun hay, desdichas, mayores...
Pues él habló y se quejó.